

JORGE CRUZ OROZCO

LAS ÁREAS MONTANAS VALENCIANAS: CRISIS Y REACTIVACIÓN

RESUMEN

La sociedad valenciana ha experimentado en las últimas décadas acelerados procesos de transformación económica y social. El crecimiento no ha sido homogéneo, sino que ha generado fuertes desequilibrios entre el litoral y el interior, expresados en la estructura económica y el vaciamiento demográfico. En el interior, en efecto, pueden describirse tres bolsas de depresión socioeconómica asociadas a comarcas de montaña. El «desarrollo integrado» presenta características apropiadas a la reactivación de áreas rurales desfavorecidas que deberán conjugarse con la nueva situación política y administrativa surgida en nuestro país desde finales de los 70.

RÉSUMÉ

La société valencienne a subi dans les dernières décades de très rapides processus de transformation économique et social. La croissance n'a pas été homogène, mais elle a produit de forts déséquilibres entre le littoral et l'intérieur, dont nous pouvons trouver l'expression dans la structure économique et l'exode démographique. Dans l'intérieur, certes, on peut décrire trois zones de dépression socioéconomique associées à contrées de montagne. Le «développement intégré» qui présente des caractéristiques convenant à la reactivation des territoires ruraux défavorisés, devra être conjugué avec la nouvelle situation politique et administrative instituée dans notre pays depuis la fin des années 70.

La abundancia de territorios montañosos constituye uno de los rasgos definitorios más certeros del mundo mediterráneo. Las montañas, en efecto, son quizá el principal trazo de unidad estructural del mundo mediterráneo. Sin embargo, los habitantes de las riberas mediterráneas mantenemos una imagen de nuestros territorios que parece querer evitar las montañas. La intensa polarización espacial de nuestras sociedades nos invita a creer que vivimos en un mundo de llanuras litorales y piedemontes. Reflexionar sobre la montaña mediterránea es, pues, un apasionante ejercicio por cuanto se precisa rechazar configuraciones espaciales estereotipadas y debe leerse entre líneas en el discurso espacial con que se han dotado las sociedades mediterráneas. Porque para describir y entender dichas sociedades hemos de hablar de sus montañas. Y el País Valenciano no constituye una excepción: algunos llanos litorales y vastos espacios montañosos conforman la geografía de un país cuya altitud media está en torno a los 500 m.

En el presente artículo se aborda el tema del mundo montano valenciano en su relación con el fenómeno de la depresión socioeconómica. Se intenta, por tan-

to, introducir una visión geográfica en el estudio de las áreas desfavorecidas: la relación entre el carácter del territorio y las estructuras humanas que en él se desarrollan. Pero no hay en esta postura asomo de determinismo. Consideramos que el carácter montano del territorio no es la única causa, ni siquiera la principal, de la actual situación de muchas de las comarcas valencianas. La condición montañosa del espacio marca una serie de diferencias con el mismo fenómeno de la depresión ubicado en las tierras bajas. La profunda originalidad de los medios montanos aconseja el estudio de su problemática y la implementación de estrategias de reactivación desde la consideración de su especificidad.

Diversos autores, como BRAUDEL y VIDAL DE LA BLACHE, han resaltado la especificidad y la importancia histórica de la montaña mediterránea. Importancia que nace de una dialéctica de oposición e interdependencia; de cercanía física y lejanía social. La interacción entre montaña y litoral se ha realizado a través de relaciones de complementaridad de los recursos y aptitudes específicas de cada uno de los espacios.

En la historia del País Valenciano, como en la de tantos otros países mediterráneos, montaña y litoral se han articulado en condiciones de relativa paridad. El dualismo valenciano (REGLÀ I CAMPSTOL) ayuda a interpretar la historia del Reino de Valencia desde mediados del siglo XIV. Esta dinámica, cuajada de desequilibrios enfrenta litoral con interior; tierras de nobleza con tierras del rey; tradición aragonesa con tradición catalana; medio rural con medio urbano burgués. Sin embargo, el dualismo ha dejado de tener ya movimientos pendulares y la precaria paridad ha quedado definitivamente desequilibrada a favor de los espacios litorales y todo lo que ellos socialmente representan.

La especificidad de las áreas montanas mediterráneas se ha concretado históricamente en modelos de ordenación y uso del espacio adaptados a su estructura física, económica y social. Sistemas basados en una agricultura con escasa generación de excedentes destinados al mercado y que alcanza en los abancalamientos su más alta expresión. Dichos sistemas han actuado sobre los ecosistemas hasta devenir ecosistemas antropizados o «agrobiosistemas» (FRUTOS GARCÍA, 1985). La originalidad montana se traduce en una ordenación espacial propia que ha marcado su impronta en la organización municipal. Así es posible comprobar cómo en torno a muchas sierras valencianas, los municipios se alargan de modo que su término permita el acceso a todos los recursos, ya que la montaña los ofrece escalonadamente.

En la actualidad se han producido procesos de desorganización de las estructuras espaciales, al quedar carentes de sentido algunas de las funciones económicas y sociales que las justificaban. Si la especificidad montana quedó recogida en la organización y uso tradicional de su espacio, también la crisis se expresa a través de éste, poniendo en evidencia la desaparición de unas funciones y la aparición de otras nuevas, dictadas desde el litoral. La complementaridad de antaño es ahora una situación de franco desequilibrio en la cual las áreas montanas ven resquebrajarse sus pautas de comportamiento y de comprensión.

La montaña valenciana, al igual que gran parte de la montaña mediterránea,

puede considerarse ahora como el traspais empobrecido de un litoral modernizado y desarrollado. La situación de crisis de las áreas montanas, en ocasiones latente desde el siglo pasado, se manifiesta con fuerza desde la mitad del presente en la desarticulación de la estructura económica, la emigración masiva y, en fin, una ruptura de las sociedades agrarias tradicionales.

TRANSFORMACIONES Y CRISIS EN LAS ÁREAS MONTANAS VALENCIANAS

Desde comienzos de siglo y, más aceleradamente, a partir de los años 60 se han producido en España, en general, y en el País Valenciano, en particular, importantes transformaciones que pueden sintetizarse *grosso modo* en una serie de procesos interrelacionados y convergentes: industrialización, urbanización y terciarización. Es ocioso insistir en que tales procesos han implicado rápidas transformaciones de las sociedades rurales tradicionales. El crecimiento económico y modernización no se ha llevado a cabo sin traumas y desequilibrios. Y los espacios montanos han estado en el centro de las áreas desfavorecidas, de aquellas que han soportado muchos de los perjuicios y muy pocos de los beneficios del proceso de desarrollo.

Para la comprensión de los desequilibrios y desigualdades socioeconómicas en el País Valenciano es interesante recordar brevemente los elementos que han conformado su actual realidad. El primer elemento lo aporta el auge de una pujante agricultura comercial de regadío. Viene a añadirse luego el elemento principal, el triple proceso de industrialización/urbanización/terciarización; proceso extendido a lo largo de un amplio periodo de tiempo, pero que se concentra en gran medida en los años posteriores al Plan de Estabilización de 1959. La industrialización valenciana, iniciada tímidamente en las primeras décadas del siglo, alcanzó un fuerte ritmo en la década de los 60. Presenta algunos rasgos propios con cierta transcendencia para explicar los movimientos migratorios y los posteriores fenómenos de desequilibrio territorial:

- La localización industrial presenta una tendencia a la concentración en antiguos núcleos artesanales e industriales y en áreas de mercado importantes. Las ciudades, por consiguiente, se vieron primadas a la hora de implantar nuevas industrias.
- Presenta una composición sectorial con gran peso, al menos en una primera etapa, de sectores productores de bienes de consumo: cuero, calzado, confección, madera, juguetes, cerámica, etc. Se trata de sectores extensivos en mano de obra.
- La industrialización se lleva a cabo en pleno modelo económico-político franquista en el que era vigente un paradigma desarrollista, cuyo instrumento fue el citado Plan de Estabilización de 1959. La prioridad concedida a la inversión directamente productiva frente a la inversión en infraestructuras, dirigió la localización industrial hacia áreas urbanas en las cuales existía una cierta infraestructura inicial. El crecimiento industrial,

orientado a la obtención de rápidas y elevadas tasas de beneficio, aprovechó las ventajas inmediatas de la concentración: infraestructuras urbanas, áreas de mercado para consumir los bienes producidos, aparición de economías de escala, etc.

Los sectores industriales y de servicios crecieron a partir de los 60, tanto en porcentaje de población activa empleada como de participación en la producción valenciana. Al mismo tiempo disminuye la importancia del sector agrícola. La estructura de la producción neta del País Valenciano cambió del siguiente modo en once años:

	Sector I	Sector II	Sector III
1962	28'4%	29'9%	42'5%
1973	12'2%	38'3%	49'3%

En paralelo a la aparición de nuevas actividades industriales se experimenta un crecimiento y urbanización de la población. A partir de 1955 la población valenciana entra en una fase de rápido crecimiento en la que confluyen dos factores. De un lado, altos saldos vegetativos —con tasas medias superiores al 1'5— debidos al descenso de la mortalidad mientras la natalidad aún se mantenía alta. De otro, un importante flujo de inmigrantes llegados de Teruel, Cuenca, Albacete o lugares más alejados. Entre 1962 y 1975, el País Valenciano recibe 360.000 inmigrantes que refuerzan el crecimiento vegetativo con su comportamiento natalista.

Los valencianos, en constante crecimiento, se urbanizan y, por tanto, se distribuyen irregularmente sobre el territorio. En efecto, la red urbana valenciana se halla concentrada en dos ejes: un eje litoral y otro interior que desde l'Horta y a través de la Ribera, la Costera y l'Alcoià conecta de nuevo con el litoral. Si en 1900 un 30% de los valencianos habitaban en áreas urbanas, en 1975 son ya un 75%. También los años 60 son un período crucial en este proceso. Entre 1962 y 1975 un total de 307.000 valencianos cambiaron de residencia en un flujo de dirección única: del interior hacia la costa. Junto a este dato general deben consignarse los fenómenos de macrocefalia que el área urbana de Castellón y el área metropolitana de Valencia protagonizan en sus respectivas provincias. Alicante, sin embargo, mantiene una red urbana más homogénea y menos desequilibrada.

En el marco de una época de crecimiento de la población total resulta revelador el comportamiento de las comarcas litorales frente a las interiores. Entre 1960 y 1975 ninguna comarca litoral pierde población, mientras que la mayoría de comarcas interiores ven decrecer sus efectivos. Ver cuadro I.

Algunos de los cambios demográficos eran ya una constante histórica, por ejemplo el mayor crecimiento de las comarcas litorales. Pero las proporciones no eran tan elevadas ni los ritmos de crecimiento tan dispares. En los años 60 asistimos a un salto en el orden de magnitud de los desequilibrios territoriales valencianos. Se entra, sin duda, en una fase en que el espacio valenciano se disocia

en dos mundos profundamente divergentes, al menos en lo que a comportamiento demográfico se refiere.

El nuevo marco socioeconómico valenciano se estructura en torno a la importancia del capital financiero y a la existencia de rápidos procesos de crecimiento económico protagonizados por la agricultura comercial de regadío, la industrialización, la urbanización y el turismo. Procesos que exigen amplios contingentes de mano de obra que no es posible encontrar *in situ* y, por consiguiente, se drenan de áreas rurales en crisis, tanto del interior del País Valenciano como de regiones más alejadas.

Frente a este rápido crecimiento de los espacios litorales ¿cuál ha sido la evolución de las áreas montanas? Éstas, como gran parte de las sociedades agrarias tradicionales del Mediterráneo, estaban inmersas en una crisis, latente —al menos— desde el tránsito del siglo XIX al XX. En aquel momento el modelo agrario tradicional había mostrado su decadencia al ser imposible roturar nuevas tierras que permitieran superar la situación de superpoblación alcanzada. A ello se une la disminución de rendimientos de las tierras marginales. Ya entonces comienza la emigración desde la montaña: unos hacia la ampliación de los regadíos y la incipiente industrialización; otros hacia el exterior (por ejemplo, el fenómeno de los «pieds noirs»).

Tras la guerra de 1936-1939 el proceso de emigración permanece paralizado durante la inmediata postguerra, pero no se trata más que el efecto transitorio de una coyuntura adversa. En la etapa centrada en torno a la década de los 60, la crisis cobra nuevo vigor y fisonomía. Culmina el proceso de desmoronamiento del modelo de economía cerrada basada en una agricultura de subsistencia. El proceso modernizador, difundido desde el litoral urbanizado e industrial, determina un crecimiento general de la economía en un ámbito de mercado único en el cual cada vez es más difícil la persistencia de núcleos replegados sobre sí mismos.

En las áreas montanas la incorporación al mercado evidencia las escasas posibilidades del sector agrario como consecuencia de las condiciones restrictivas del medio. El endurecimiento climático inherente a la altitud, en combinación con el «estrés» hídrico típico del mediterráneo determina dificultades para el cultivo. A ello hay que añadir los efectos de la pendiente, condicionando las actividades agrarias al endurecer los trabajos, dificultar los accesos y la mecanización, etc. La pérdida de importancia de la agricultura no se ve compensada por la aparición y desarrollo de nuevas actividades industriales. La nueva lógica de distribución evita las zonas de montaña a las que considera espacios económicos menos aptos y que, en general, no satisfacen las pautas específicas de ubicación industrial.

Con la crisis agrícola y la no incorporación al proceso industrializador, las áreas de montaña quedan relegadas a una situación de baja funcionalidad económica. Ya no es posible roturar nuevas tierras que permitan aumentar la producción. La inexistencia de industrias en las áreas interiores impide a su vez la generación de ingresos complementarios mediante la agricultura a tiempo parcial. Las consecuencias de la crisis son un deterioro de rentas, al menos en una primera

etapa, y un descenso de la calidad de vida. La estructura económica de las áreas montañas se desarticula; se raquitiza en términos de mercado y se hace cada vez más dependiente. Mientras tanto, el litoral, en creciente desarrollo industrial y turístico, ejerce una constante demanda de mano de obra. El par de fuerzas se resuelve inevitablemente en una elevada corriente migratoria.

El fenómeno de la emigración, sometido a las necesidades del mercado, actúa de modo selectivo sobre el conjunto de la población dirigiéndose a los grupos más aptos. Son los hombres jóvenes los que marchan allá donde es demandada su fuerza de trabajo. Más tarde les seguirán sus familias o bien la formarán en el lugar de acogida. La natalidad de las áreas de partida se resiente al faltar los elementos que la sostienen y pese a que las áreas rurales han mantenido tradicionalmente un comportamiento más natalista que las urbanas, en las comarcas de emigración las tasas de natalidad disminuyen a la par que aumentan las de mortalidad. La población montana no sólo disminuye sino que se envejece, perdiendo los elementos más dinámicos y que en mejores condiciones podrían ofrecer alternativas a la situación de depresión. Los índices de crecimiento y densidades de algunas comarcas valencianas pueden ilustrar el proceso de vaciamiento.

CUADRO I

	Evolución de las densidades			Crecimiento porcentual período 1960-1975
	1900	1950	1975	
Els Ports de Morella	23	14'8	8'2	-32'5
L'Alt Maestrat	29'4	23'6	16'3	-19'2
L'Alcalatén	29'7	22'5	24'3	-30'3
Alto Mijares	28'2	24	8'2	-55'5
Alto Palancia	39'9	36	28'6	-18'1
Rincón de Ademuz	27'1	23'9	11'6	-39'3
Los Serranos	21'7	20'7	13'1	-26'8
Altiplano Requena-Utiel	22'5	26'9	22'8	-12'6
Valle de Ayora	12'8	17'2	10'3	-22'7
Canal de Navarrés	22'9	25'4	21'4	-10'7
Baix Maestrat	44'6	39'8	45'9	15'3
La Plana	88'5	116'6	188	21'2
L'Horta	497'9	1.121'1	1.890'7	55'8
Ribera Alta	130'8	185'8	229'6	18
Baix Vinalopó	87'6	151'5	350'3	89'6
Marina Baixa	77'2	67'3	138'7	110'6
L'Alacantí	112'9	200'6	413'6	51'3
País Valencià	68'1	100'2	156'4	37'5
Estado Español	36'8	55'4	74'6	16'5

Pérdida de población absoluta, disminución de la natalidad, envejecimiento...; en suma, una sociedad poco vigorosa y cuya debilidad se manifiesta en la ocupación del espacio. La emigración y la crisis privan de sentido a formas de ocupación del espacio adaptadas a la economía agraria de subsistencia. Disminuye, pues, la población dispersa en las áreas montañas; desaparecen algunos muni-

cipios y otros entran en una fase de submunicipalización, al ser incapaces de cubrir las funciones que le son asignadas ni de ofrecer los servicios imprescindibles para la vida de sus escasos habitantes.

El vaciamiento demográfico y los cambios en la ocupación del espacio tiene especial relevancia ante la fragilidad general de los ecosistemas mediterráneos. En ellos el «motor» pendiente actúa como dinamizador de todo tipo de procesos erosivos. Por ello, la acción humana en su interacción con el subsistema natural es un elemento de especial transcendencia ecológica. La deforestación adquiere gran relieve en el Mediterráneo, como en cualquier otro espacio montañoso, donde los bosques cumplen un fundamental papel protector del suelo así como restaurador de la fertilidad y, en suma, estabilizador del ecosistema. El abandono de campos de cultivo deja expedito el camino para que la torrencialidad de las precipitaciones, en combinación con la energía aportada por la pendiente, provoque procesos de acarcavamiento y erosión que comportan la pérdida de potencial biológico bajo la forma de suelo. A la deforestación tradicional viene a sumarse el grave problema de los incendios, en cuyo reciente incremento tienen que ver tanto la despoblación montana como las nuevas funciones que le son asignadas a las áreas montanas.

Debe evitarse pensar que las montañas ejemplifican el determinismo geográfico al condicionar restrictivamente la agricultura y otras actividades económicas hasta el punto de frenar el desarrollo. Uno de los rasgos característicos de la montaña es precisamente la diversidad. Diversidad que se manifiesta también en la respuesta a la crisis, de modo que es posible citar áreas montanas en diferentes países y con muy diferentes grados de desarrollo. Los desequilibrios territoriales no son exclusivos de los países con áreas montanas o desfavorecidas, antes bien son comunes a una amplia variedad de geografías y sociedades. La generalización de los desequilibrios y la aparición de fenómenos de depresión socioeconómica debe ponerse en relación con las contradicciones propias de las formaciones sociales capitalistas que priman un desarrollo polarizado y desequilibrador del territorio. Contradicciones que encuentran en las restrictivas condiciones del medio físico montano y en la obsolescencia de sus estructuras económicas, la posibilidad de establecer una válvula autoreguladora. El coste es la crisis de los espacios desfavorecidos, en general, y montanos, en particular, así como su mantenimiento en un estado de depresión socioeconómica.

LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA CRISIS

La importancia de los aspectos sociales de la crisis no es menor que la expresada en términos económicos o demográficos. Muestra de ello es que las desigualdades de renta entre las comarcas valencianas tienden a disminuir desde una primera fase de grandes diferencias. TOMÁS CARPI (1984) aprecia una progresiva disminución en el grado de desigualdad de la renta disponible *per capita*. Aplicando el indicador de desigualdad de Williamson obtiene la siguiente evolución:

[7]

Año	Vw
1965	0'29
1975	0'22
1981	0'14

Sobre la premisa de una atenuación de las desigualdades de renta, debemos preguntarnos qué elementos modelan el carácter de depresión de las áreas interiores montanas y la enorme diferencia que las separa del mundo litoral. Algunos de estos elementos son la estructura económica poco diversificada y con un gran peso de la agricultura; notables carencias de servicios públicos, entre los que se sienten como más imprescindibles la sanidad y la educación; dificultades para el crédito y la financiación; escasez de bienes culturales; baja oferta de profesionales y de técnicos; etc.

La emigración de los elementos más jóvenes, por naturaleza los más capaces de renovación y las funciones marginales que le son asignadas a las áreas montanas se resuelven en la quiebra de un sistema de usos basado en valores agrario-tradicionales y su brusca sustitución por nuevos valores de índole industrial-urbana. Cambio que ha producido traumatismos en el tejido social y en los mecanismos de autocomprensión de los habitantes de áreas montanas.

La autocomprensión de las áreas montanas se estructura en torno a los sentimientos de lejanía, marginación y dependencia. La conciencia de lejanía y de marginación es posible entenderlas como una nueva dimensión del discurso espacial mediterráneo. En efecto, «centro» y «periferia» han estado históricamente definidos en nuestras sociedades (CARO BAROJA, 1966). Desde la época clásica el mar ha sido concebido como el centro del mundo mediterráneo. Conforme nos alejamos de sus orillas —primero las grandes ciudades y los llanos costeros; luego los piedemontes agrícolas; por último, los traspaises montañosos— recorremos también el camino que lleva del centro a la periferia. A lo largo del itinerario disminuye progresivamente la consideración social y política del espacio así como de sus habitantes. El itinerario que lleva del centro a la periferia es socialmente largo pero, además, físicamente costoso de recorrer. Las comunicaciones no son fáciles y la accesibilidad es deficiente para muchas comarcas montanas interiores. En el País Valenciano el trazado y estado de la red de carreteras, la disposición de la red ferroviaria, el trazado de la autopista A-7 revelan una estructuración del espacio por y para los espacios litorales. La dependencia debe ser entendida tanto en sentido económico, a causa del carácter desarticulado y extravertido de su estructura económica, como en un sentido más cotidiano que exige continuos desplazamientos para la mayoría de servicios y gestiones.

Las áreas montanas, ante la desintegración de sus estructuras sociales y la obsolescencia de sus valores, adopta los valores del mundo urbano-industrial del litoral. La urbanización adquiere así un nuevo significado que trasciende del mero aumento de las áreas urbanas. Es el fenómeno de la rurbanización que exporta las jerarquías y modos de vida urbanos a los ámbitos rurales.

La moderna evolución social ofrece elementos de refuerzo y poderosos ve-

hículos de difusión a las representaciones sociales de las áreas desfavorecidas. Fenómenos como las segundas residencias, el retorno de emigrantes tras la jubilación, el tradicional veraneo en los pueblos de origen, los medios de comunicación social, no hacen sino facilitar que los habitantes de comarcas deprimidas de montaña asuman plenamente su autovaloración como periferia, como espacio marginal, y pierdan conciencia de su propia especificidad.

En algunas áreas de montaña españolas ha surgido, desde finales de los años 70, un movimiento popular plasmado en las reuniones periódicas para solicitar y aportar propuestas a una ley que trazara el marco de actuación para una política de montaña. Este movimiento de dinamización popular ha surgido en regiones con alta montaña —Catalunya, Pirineo Aragonés, Picos de Europa—. La media montaña mediterránea, sin embargo, se reconoce más difícilmente como «montañesa» y si bien posee conciencia de la crisis socioeconómica no la pone en relación directa con el carácter del territorio y, por consiguiente, no ha planteado la reivindicación de una política global de áreas de montaña. Los habitantes de las montañas valencianas se perciben más como pobladores de un espacio periférico y marginal que no «ha podido ser» un piedemonte o una llanura litoral, que no como «montañeses», habitantes de un espacio dotado de gran especificidad. La ausencia de alta montaña, la intensa antropización del paisaje valenciano y la fuerte polarización social de las últimas décadas son algunos de los responsables de la escasa percepción de una problemática original en relación con el medio físico.

LA DEPRESIÓN SOCIOECONÓMICA EN EL PAÍS VALENCIANO COMO FENÓMENO MONTAÑO

En los epígrafes anteriores hemos comentado algunos aspectos de la crisis montana valenciana. Hemos insistido en que la crisis es vivida en distintos modos y grados en diferentes áreas montanas. En los párrafos siguientes vamos a intentar trazar una distribución del fenómeno de la depresión socioeconómica en relación con las zonas montañosas del País Valenciano.

Subsisten algunas dificultades epistemológicas a la hora de delimitar y caracterizar las áreas de montaña. En nuestro país diversos autores han realizado aportaciones más o menos coincidentes en que se percibe una dialéctica entre criterios de delimitación fácilmente cuantificables y el interés por utilizar criterios demográficos y socioeconómicos que puedan dar razón de toda la complejidad montana (GARCÍA ALVAREZ, RÍOS CALDERÓN, DE ABREU Y VIDAL). Igualmente, desde la óptica de estudio de las áreas desfavorecidas —no siempre estrictamente montanas— se han efectuado aportaciones. Por ejemplo, los estudios realizados por el Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias del Ministerio de Agricultura o el proyecto «Análisis y posibilidades de las áreas desfavorecidas del Mediterráneo» del Instituto Agronómico Mediterráneo de Zaragoza y su homólogo de Montpellier (Francia). También en la literatura económica valenciana

pueden encontrarse tipologías basadas en la funcionalidad económica de los territorios (MARTÍNEZ SERRANO, TOMÁS CARPI).

Al delimitar las áreas deprimidas de montaña debe tenerse en cuenta un nuevo factor que se añade a la diversidad característica de la montaña. Nos referimos al carácter esencialmente dinámico del fenómeno de la depresión. De ésta forma parte aspectos demográficos, económicos y sociales en una rápida y constante evolución. Los conceptos de depresión socioeconómica/subdesarrollo y de desarrollo son inseparables, ya que ambos son elementos —las dos caras de la misma moneda— del sistema de desigualdades territoriales. Éste se halla en constante evolución y exige, por tanto, redefinir a cada momento la depresión o, mejor, la adscripción a este concepto de cada unidad territorial considerada. No deben perderse de vista las dificultades epistemológicas reseñadas al intentar aprehender el fenómeno de la depresión. Máxime cuando lo intentamos poner en relación directa con el carácter montañoso del territorio.

Pese a las dificultades señaladas puede ser interesante intentar un esbozo de la distribución geográfica de la depresión socioeconómica vinculada a las áreas montañas. En el País Valenciano es posible trazar una serie de conjuntos territoriales relativamente homogéneos, que constituyen otras tantas bolsas de depresión. Una primera área está integrada por el interior castellonense (els Ports de Morella, l'Alt Maestrat, L'Alcalatén, el Alto Mijares y el Palancia) más las comarcas del Rincón de Ademuz y los Serranos. Este amplio espacio forma un continuo montañoso surcado por las serranías ibéricas, lo que facilita una inmediata percepción del territorio como montano. Se trata de una área muy homogénea en sus rasgos físicos y económico-sociales, que vive una situación de marginalidad económica muy marcada. Algunas de las notas distintivas pueden ser una agricultura severamente condicionada por el medio físico; escasa industria y pirámides de población invertidas. El contraste con el litoral, mucho más desarrollado y dotado de un mayor dinamismo, resalta con nitidez el carácter de depresión de esta vasta región que ocupa el 24% del territorio valenciano y, sin embargo, tan sólo alberga el 2'6% de la población. Estas comarcas conectan con las sierras del Bajo Aragón y de Cuenca integrándose en una amplia bolsa de subdesarrollo a escala nacional adscrita al sistema Ibérico.

El altiplano Requena-Utiel, pese a su elevada altitud media, no es tan fácilmente caracterizable como montañoso; precisamente por la disminución de uno de los rasgos esenciales de la fisonomía montana: la pendiente. Pese a que ha sufrido pérdidas de población al igual que otras comarcas de montaña, cuenta con una serie de factores que dinamizan su situación socioeconómica. Algunos de estos factores pueden ser la importancia del sector vitivinícola; la existencia de un importante eje de comunicaciones, la carretera nacional III; la existencia de dos núcleos de relativa importancia, las ciudades agrarias de Requena y Utiel; la incidencia de la construcción de la central nuclear de Cofrentes. Cabría calificar esta comarca como en una situación intermedia entre las áreas claramente subdesarrolladas y ciertas comarcas contiguas al litoral como son la Hoya de Buñol, el Camp de Túria, ambas Riberas, la Costera, etcétera.

Más al sur, la enorme plataforma del Caroig centra la segunda área montana deprimida. Es un espacio fuertemente despoblado —las muelas que rodean al Caroig constituyen un auténtico desierto humano— donde los escasos efectivos se concentran en las depresiones que lo bordean: el Valle de Ayora y la Canal de Navarrés. Pese a la innegable incidencia de dos importantes obras públicas, la central nuclear de Cofrentes y el complejo de aprovechamiento hidroeléctrico de Cortes de Pallás-la Muela, la zona puede conceptuarse como deprimida en función de su estructura productiva. La presencia de las citadas instalaciones de producción eléctrica ha producido una reorganización social y espacial del área, en la que ambas obras asumen el carácter de polos organizativos del territorio a través de un haz de flujos unidireccionales. En conexión con esta área puede considerarse también el municipio de Yátova (la Hoya de Buñol), con un término marcadamente montañoso.

La tercera bolsa de depresión montana valenciana ocupa la parte nordoriental de la provincia de Alicante. Las alineaciones prebéticas, de elevadas cotas máximas, determinan fuertes desniveles que contribuyen a reforzar la percepción del área como montañosa. Son las hermosas sierras del Benicadell, Aixortà, la Serrella, l'Aitana, etc., todas ellas superando los 1.000 m. de altitud y a escasos kilómetros del litoral. No es de extrañar que se haya intentado generalizar ese híbrido nombre de «la montaña» para esta región en la que participan las comarcas de l'Alcoià, la Marina Baixa y la Marina Alta. Si el carácter montano resulta evidente, el grado de desarrollo socioeconómico no lo es tanto. En un primer análisis, a escala comarcal, la tasa de despoblación no es significativa; incluso se ha experimentado crecimiento. También ha habido un crecimiento de las actividades industriales y terciarias en conexión con un sistema de ciudades relativamente homogéneo: ciudades como Alcoi, Cocentaina o Ibi se hallan enclavadas en esta región. Si pasamos a una escala de observación de base municipal la situación es diferente. Los pequeños municipios de la Vall de Planes, Vall de Gallinera, Vall de Seta, Vall de Perputxent, etc., presenta una dinámica poblacional regresiva. Algunos datos demográficos pueden ilustrar la coexistencia de dos realidades divergentes.

CUADRO II

Crecimiento porcentual de población entre 1960-75

<u>L'Alcoià</u>		<u>La Marina Baixa</u>	
Alcoi	18'1	L'Alfàs	266'8
Banyeres	25'4	Benidorm	374'1
Ibi	187'7	Calp	190
Onil	80'2	Benimantell	-30'8
Agres	-24'7	Guadalest	-56'5
Alcoleja	-56'2	Sella	-39'4
Benimassot	-46'2		
Penàguila	-30'7		
Total Comarca	26'6	Total Comarca	110'6

Puede hablarse, por tanto, de fenómenos de depresión a escala municipal en aquellos municipios caracterizados por su pequeña dimensión, ubicación netamente montana y alejamiento de las capitales o principales núcleos comarcales. Depresión que queda enmascarada en el conjunto comarcal debido al escaso peso demográfico de los municipios afectados. Los respectivos municipios de las comarcas de l'Alcoià, la Marina Alta y la Marina Baixa forman un espacio que es posible considerar conjuntamente como la tercera bolsa de depresión montana valenciana. En ella, la menor extensión territorial y, sobre todo, los efectos de enlace con cercanos centros dotados de mayor dinamismo y con un litoral en franco crecimiento, informan una situación de menor gravedad e irreversibilidad que la alcanzada en las otras dos bolsas de depresión consideradas.

Hemos trazado un bosquejo de la distribución del fenómeno de la depresión en el País Valenciano. Hemos omitido toda una serie de matizaciones y puntualizaciones que completaran el esquema propuesto. A nuestro entender, pueden retenerse tres rasgos definitorios del canevas de la depresión socioeconómica en el País Valenciano: la relación con los espacios montañosos, tanto más intensa cuanto mayor es la extensión territorial de dichos espacios al no poder jugar su papel los mecanismos de difusión del desarrollo desde áreas dinámicas cercanas; el carácter interior del fenómeno, remarcando el fuerte desequilibrio entre el litoral y los traspaisés montanos, y la disminución de norte a sur de la importancia territorial y de la intensidad del fenómeno.

EL MARCO PARA LA REACTIVACIÓN DE ÁREAS DEPRIMIDAS DE MONTAÑA

La compleja problemática que afecta a las áreas montanas y el estado de subdesarrollo de algunas de ellas justifican por sí mismos la reflexión sobre dichas áreas con el fin de reactivarlas y evitar un incremento de los desequilibrios territoriales en el País Valenciano. La intervención en áreas desfavorecidas ha sido uno de los aspectos del desarrollo más deficientemente implementados en las sociedades occidentales. Los desequilibrios territoriales pueden entenderse como expresión y consecuencia de las contradicciones del desarrollo convencional en las formaciones sociales capitalistas. Es evidente, pues, la dificultad en lograr un crecimiento armónico para las áreas desfavorecidas, sobre las que previamente se ha ejercido una suerte de colonialismo interno mediante el drenaje de mano de obra y la nula inversión en infraestructuras. El resultado final consiste en la incapacidad de ciertas áreas para alcanzar los estándares medios en la evolución socioeconómica autonómica o nacional. La denominación del fenómeno es variada: desde hablar de frenos al desarrollo hasta el término «duro» de subdesarrollo, pasando por la expresión de depresión socioeconómica, que hemos venido utilizando.

Las premisas del crecimiento seguido en nuestro país —paradigma desarrollista/industrializador, obtención de rápidos beneficios, escasa planificación, etcétera.— hipotecan seriamente las iniciativas de reactivación surgidas desde este

campo conceptual. La crítica al desarrollismo convencional ha enriquecido precisamente el corpus teórico acerca del desarrollo. La atención no puede circunscribirse a aspectos meramente económicos, sino que debe comprender diversas áreas de acción: infraestructuras, desarrollo agrario, animación social y cultural, etc. Con la reflexión y crítica sobre el desarrollismo ha surgido una corriente de pensamiento que recibe distintas denominaciones: desarrollo integrado, otro desarrollo, nuevo desarrollo, metadesarrollo, ecodesarrollo, etc. Esta concepción del desarrollo cuenta con algunas características que la hacen especialmente adecuada para las áreas deprimidas de montaña.

1. El carácter integrado de la concepción del desarrollo. Se pretende un desarrollo social, cultural y económico armónicamente conjuntado. Por ello se presta especial atención a la crisis de identidad social padecida en las áreas deprimidas, puesto que el desarrollo debe dar respuesta a los problemas de la depresión, del desequilibrio y la marginación. El carácter integrado también implica la complementación entre las acciones sectoriales (desarrollo agrario, industrialización rural) y entre las acciones territoriales a diversas escalas: comarcal, regional, nacional. Es necesaria la coordinación de las distintas iniciativas públicas y privadas en una estrategia de reactivación que aprehenda el fenómeno de la depresión de un modo global, considerándolo un sistema con frecuentes relaciones de interacción. No cabe aislar tal o cual factor, pues se correría el riesgo de una comprensión parcial del fenómeno.

2. Se dirige a desarrollar el potencial endógeno, aprovechando los recursos autóctonos, tanto humanos como materiales. La escasa funcionalidad económica de las áreas desfavorecidas de montaña se acentúa en época de crisis, cuando los recursos del «estado providencia» se ven reducidos. Se hace entonces imprescindible aprovechar al máximo el potencial endógeno. La creciente demanda de productos y proteínas de alta calidad por parte de un mercado alimentario cada vez más selectivo, posibilita el aprovechamiento de la cabaña ganadera autóctona, adaptada a la extracción de energía de los ecosistemas montanos y menos dependiente de inputs energéticos en forma de piensos. Los ecosistemas mediterráneos ofrecen virtualidades tales como la riqueza forestal, plantas aromáticas y medicinales, etc.

El mundo montano puede ofrecer a la moderna civilización del ocio un paisaje natural y humano de alto valor. Las áreas de montaña pueden sostener una razonable oferta del turismo rural, siempre que se trate de un turismo «blando», tanto en su infraestructura material como financiera. El turismo rural es ampliamente practicado en Europa, precisamente en aquellos países que proporcionan el mayor porcentaje de visitantes extranjeros a nuestra comunidad. El interés por el turismo rural es tanto mayor cuanto se impone la conclusión de que el turismo tradicional ha alcanzado unas cotas de polarización litoral cercanas a la saturación y con unos enormes costos de degradación urbanística y ecológica.

3. En el desarrollo integrado los habitantes deben ser activos protagonistas del desarrollo de su espacio propio, tanto en la toma de decisiones como en la ejecución de las acciones. Tal actitud se basa en el convencimiento íntimo de que

los habitantes deben constituirse en gestores de su reactivación, como la mejor garantía del aprovechamiento de los beneficios. El compromiso local, además es necesario, ya que las intervenciones externas corren el riesgo de burocratizarse en una organización excesivamente jerarquizada y formalizada.

En tal sentido el nuevo concepto de desarrollo propone fórmulas participativas como el asociacionismo civil, el cooperativismo agrario, la animación socio-cultural, etc. La Ley de Agricultura de Montaña ha recogido en parte esta idea, con su apoyo a las Asociaciones de Montaña y el papel activo que les otorga en la redacción y seguimiento de los planes de promoción.

4. El desarrollo debe compaginarse con los problemas del medio ambiente, contemplando las variables ecológicas en su tiempo propio, es decir, el largo plazo. Esta actitud es particularmente interesante cuando se trata de intervenir en el medio montano, dotado de una gran fragilidad y, al mismo tiempo, de un alto valor ecológico. En íntima conexión con el respeto medioambiental surge el concepto de utilización de «tecnología apropiada», considerada ésta como marco y elemento normativo —y no mero instrumento— definido en base al marco histórico, lugar geográfico y objetivos del desarrollo. Se trata, pues, de la capacidad para decidir ante tecnologías alternativas, valorando también los segundos y terceros efectos a largo plazo. Para ello es necesario un control anticipativo y no compensatorio de los costos a largo plazo. Las metodologías de control deben ser dinámicas, de modo que se interesan por el proceso y no sólo por un «corte» realizado en un momento dado, tal y como ocurre con las metodologías del «impacto ambiental» (BIFANI, 1985).

5. El desarrollo integrado intenta superar el paradigma industrializador, que se ha revelado inadecuado para adaptarse a las circunstancias y especificidades de las áreas deprimidas de montaña, y se abre a nuevos conceptos de industrialización y a las nuevas actividades económicas propias de la sociedad post-industrial. La industrialización endógena —también llamada local o rural— se replantea su modelo y estrategia de acuerdo a las nuevas tecnologías. Se mueve en el ámbito de los proyectos locales o microproyectos, aprovechando la escala para mantener una alta capacidad de cambios y adaptaciones que le permitan responder a la creciente importancia de la innovación tecnológica.

La industrialización local debe valorarse a una escala comarcal-regional de carácter microeconómico, pero no con perspectivas estatales, macroeconómicas o sectoriales. En estas coordenadas la industrialización endógena corre el riesgo de ser evaluada como irrelevante y difícilmente podrá captarse su naturaleza y significado.

Los conceptos e ideas del desarrollo integrado suponen un cambio de perspectiva y la asunción de una escala de comprensión y de acción adaptada a los territorios tratados. Los recursos interesados y los medios de utilización se pretenden variados y flexibles; es decir, eficaces para acomodarse a situaciones de naturaleza diversa. Eficaces también para la introducción y uso de nuevas tecnologías, las más apropiadas para cada situación. Esta capacidad es importante cuando las innovaciones tecnológicas están incrementando su cuota de responsabilidad en el

crecimiento de un espacio dado. Y cuando la difusión tecnológica ha vedado a las áreas deprimidas el acceso a las etapas primeras de la curva de innovación tecnológica, en las que ésta produce una mayor competitividad. En efecto, la difusión de tecnología entre los centros de desarrollo y las áreas marginales tiene una clara intencionalidad social expresable en términos de dependencia. El desarrollo integrado ofrece mejores condiciones que los modelos clásicos para propiciar un acceso a las nuevas tecnologías en plazos lo suficientemente cortos que permitan aprovechar su positivo impacto económico. La aplicación de nuevas tecnologías no presupone que sean «duras», antes bien se trata de aplicar tecnologías apropiadas, no obsoletas y eficaces.

El objetivo final del desarrollo integrado es llegar a conseguir que las áreas desfavorecidas se estructuren como territorios activos y no sólo como espacios pasivos que acogen funciones dependientes de «centros» más o menos alejados. Dicho desarrollo supone unos costes adicionales impuestos, tanto por las condiciones restrictivas del medio físico como por el abandono en que se han mantenido las áreas deprimidas de montaña. Tales costes adicionales se hacen patentes en actividades que cuentan con términos de comparación muy evidentes, por ejemplo, la agricultura. La mera confianza en las leyes autoreguladoras del mercado condenaría estas áreas a la consideración de espacios económicos menos aptos —de acuerdo con la lógica económica dominante— tanto para la agricultura como para otros sectores económicos.

Se hace necesario, por tanto, partir del convencimiento de que existe una responsabilidad social en la reactivación y desarrollo de las áreas deprimidas de montaña. Debe, sin embargo, superarse una posible contradicción: la de instaurar un «paraguas» protector para las áreas desfavorecidas que promueva un desarrollo en «invernadero», aislado por completo del mercado. No es deseable ni posible una protección basada en el aporte continuo de recursos por parte del estado «providencia». Se trata más bien de potenciar los recursos endógenos en base a su especificidad y originalidad; de una «mise en valeur» del territorio y de la población montana que le permita acoger funciones económicas no marginales sino con plena presencia en una sociedad menos desequilibradora.

Junto a las ideas acerca del desarrollo integrado, que consideramos apropiadas para la problemática de las áreas deprimidas de montaña, debe considerarse el marco social y administrativo en que habrían de inscribirse las actuaciones reactivadoras. Las principales notas distintivas de dicho marco son, a nuestro entender, las siguientes: la reflexión específica sobre la montaña, representada por la Ley de Agricultura de Montaña; la política europea en el ámbito de los espacios montanos y desfavorecidos; el fracaso de modelos de desarrollo clásicos e industrializadores, y el nuevo orden político-administrativo surgido en España desde finales de los 70.

A) Tras largo tiempo en que una completa laguna ocupaba este espacio teórico, se ha comenzado en España una reflexión específica sobre la montaña, sobre su identidad y problemática. Esta reflexión parte del mandato constitucional contenido en el artículo 130-2 al pedir «tratamiento especial a las zonas de mon-

taña» con el fin último de «equiparar el nivel de vida de todos los españoles» atendiendo a «la modernización y desarrollo de todos los sectores económicos y en particular de la agricultura, de la ganadería, de la pesca y de la artesanía».

Con este fundamento constitucional se promulgaba en 1982 la tan esperada y para algunos esperanzadora Ley de Agricultura de Montaña (LAM) 25/1982, de 30 de junio. Parte del desarrollo legislativo exigido por la LAM ha ido cubriéndose con mayor o menor rapidez. Debe señalarse la existencia también de la Llei d'Alta Muntanya 2/1983, de 9 de marzo, con la que Catalunya desarrolla, dentro de l'Estatut d'Autonomia, una política propia en el ámbito de la montaña catalana, así como la Ley 9/1986 creadora del Patronato Madrileño de Areas de Montaña. No es éste el lugar indicado para realizar un análisis de la LAM, aunque sí queremos destacar un aspecto concreto. Nos referimos a la adecuación de los criterios de delimitación de áreas de agricultura de montaña fijados por la LAM a los criterios de la legislación comunitaria. Puede hablarse, en general, de que la legislación española de áreas de montaña se ha realizado con la mirada en las legislaciones y políticas de diversos países europeos y de la CEE.

B) La política comunitaria respecto a las áreas de montaña constituye el segundo punto de referencia. La política comunitaria se centra, mayormente, en los aspectos agrícolas y se inscribe, por consiguiente, en la Política Agraria Comunitaria (PAC), compuesta de las áreas de Política de Precios y Mercados (PPM), Política Comercial, Política Social y Política de Estructuras (PE).

La PAC comenzó a funcionar en 1958 tras la conferencia de Stressa, con unos objetivos acordes al momento político integrador y al momento económico expansionista: aumento de la productividad, estabilidad de los mercados agrarios, mantenimiento de precios. La PAC se centró, en consecuencia, hasta comienzos de los 70 en la PPM. Los desequilibrios, tanto de rentas como territoriales —norte versus sur— no fueron frenados por la PAC, antes bien, se incrementaron perfilándose ya que gran parte de la problemática agrícola se basa en la hostilidad con las agriculturas mediterráneas. Tras la inicial situación de partida cuyo objetivo era integrar una Europa de patrias se llegó a una situación marcada por hechos diferenciales a escala regional. El advenimiento de la crisis económica, junto al mantenimiento de los desequilibrios, impulsó la adopción de medidas estructurales. Primeramente los países miembros comenzaron a aplicar procesos de ajuste estructural a nivel nacional. Más tarde, la CEE incidió en la PE, con el objetivo de compensar las crecientes diferencias surgidas al amparo de la PPM.

Del aparato legal destinado a las áreas de montaña destacamos la Directriz 268/1975 sobre agricultura de montaña y zonas desfavorecidas que coincide con la creación del FEDER (Fondo de Desarrollo Regional) y viene a significar un reconocimiento de la diferenciación regional y con el objetivo de ayudar a ciertas zonas desfavorecidas. Cabe reseñar que la Directiva del Consejo de las Comunidades Europeas 466/1986, de 14 de julio, declara las zonas agrícolas de montaña que se incluyen en la Directriz 268/1975. En ella se incluyen 194 municipios valencianos (sobre un total de 536 que totaliza el País Valenciano) cuyas extensiones y poblaciones son las siguientes.

CUADRO III

	Extensión en Km ²	% sobre extensión provincial	Habitantes (1986)	% sobre población provincial	Densidad población
Alicante	970'2	16'5	24.006	1'9	24'7
Castellón	4.910'2	73'5	75.270	17'2	15'3
Valencia	5.240'9	48'6	88.267	3'7	16'8
Pais Valenciano	11.121'3	47'7	187.093	5	16'8

El proceso de integración de las acciones seguido por la PAC culmina con los Planes de Desarrollo Integral (PDI) y los Planes Integrados Mediterráneos (PIM). En ellos se pasa de las medidas horizontales a medidas verticales para llegar a planes de desarrollo a escala regional o comarcal y con un carácter integral. Los PIM se plantean como una alternativa a la PAC y sus pobres resultados socioestructurales en las zonas más desfavorecidas de la CEE; en ellos se integran fondos provenientes del FEOGA, del Fondo Social y del FEDER.

La PAC constituye un referente claro para la actuación en áreas deprimidas de montaña valencianas, tanto porque ha marcado y continuará haciéndolo la política estatal española en el campo de la agricultura de montaña, como porque la PAC dedica especial atención a las zonas mediterráneas a través, sobre todo, del FEDER y de los PIM.

C) La crítica al desarrollismo convencional ha sido el marco teórico donde han tomado cuerpo las nuevas ideas acerca del desarrollo. Un desarrollo que se pretende superior de los modelos clásicos basados en un paradigma industrializador. Al desarrollismo industrializador se le echa en cara un aprovechamiento de las áreas problemáticas —entre ellas las montañosas— como mera reserva de mano de obra con que alimentar las áreas donde se concentra el desarrollo, en un proceso que tiene mucho de colonialismo interno. También se le achaca tener efectos negativos a la larga. De un lado sobre el medio natural, con destrucción y alteración de ecosistemas. De otro, sobre el medio social con pérdida de estructuras y valores, siendo sustituidos por otros exógenos impuestos desde la urbe. Las contradicciones internas del modelo desarrollista se ponen claramente de manifiesto con la crisis económica iniciada en 1972.

D) El último punto de referencia que conforma el marco de actuaciones en las áreas de montaña es el nuevo esquema político-administrativo surgido desde finales de la década de los 70 y afianzado en los 80. La llegada de la democracia y la construcción del estado de las autonomías han otorgado relevantes responsabilidades a las comunidades autónomas. Desde esta redistribución de los centros de poder cabe situar entre las tareas propias de las autonomías la corrección de algunos de los profundos desequilibrios de la sociedad española. La escala de decisión y actuación de los gobiernos autónomos permite albergar esperanzas sobre una mayor eficacia de las estrategias de reactivación. La Generalitat Valenciana

ha recibido ya las transferencias relativas a muchos de los campos de actuación que deberán ser pulsados para el desarrollo de áreas de montaña. Entre ellas se cuenta gran parte de la aplicación de la LAM; en este sentido se han nombrado ya los Comités de Coordinación de las Zonas de Agricultura de Montaña correspondientes a las comarcas de Alto Palancia, Alto Mijares, Rincón de Ademuz y els Ports-Maestrat. Igualmente se han concedido en el año 1986, por vez primera, las indemnizaciones compensatorias contempladas en la LAM. Se instruyeron 3.579 expedientes en todo el País Valenciano, por un total de 166.300.000 pesetas.

Junto a las administraciones regionales deben cobrar especial relevancia las administraciones locales. Éstas, por su cercanía a los habitantes montanos, pueden servir como catalizadores del potencial endógeno y de interlocutores entre otras instancias administrativas. En este sentido la tendencia a un reforzamiento de las administraciones locales puede significar una mayor capacidad de acción para los directamente implicados en las áreas montanas. Al lado de los ayuntamientos, las diputaciones provinciales también pueden ofrecer su concurso en la reactivación de áreas deprimidas, ya que se trata de instituciones muy incardinadas en el medio rural.

Gobiernos autónomos y locales están llamados a actuar de corresponsables de las estrategias de desarrollo, en las que los habitantes deben ser los principales responsables y gestores.

Estos cuatro puntos de referencia delimitan el ámbito en que deberán desenvolverse las iniciativas de reactivación de las áreas deprimidas de montaña valencianas. Iniciativas que deben basarse en un ejercicio poco común en la sociedad valenciana: «pensar» la montaña. Nada tan mediterráneo y, al mismo tiempo, tan olvidado —casi podría decirse ocultado— en las sociedades mediterráneas actuales como las montañas. El litoral y las escasas llanuras litorales son las referencias espaciales del discurso de definición de la sociedad valenciana, discurso que margina las serranías que componen la mayor parte de su territorio. Por ello se hace imprescindible pensar la montaña; lo cual significa intentar entender sus características, su especificidad y la íntima interacción que se produce entre el medio físico y las estructuras de gestión y uso desarrolladas por las culturas montanas. De tal interacción han surgido, de una parte, un paisaje profundamente antropizado y, de otra, unos rasgos propios de las culturas montanas aportados por el medio en que se desenvuelven y que sirven de elementos diferenciadores con las tierras bajas.

Una doble dialéctica ha de ser comprendida para poder dar razón del mundo montano valenciano. Una es la dialéctica ya citada entre el espacio montano y sus habitantes. Otra es la dialéctica que recorre la historia valenciana entre el litoral como mundo urbano-comercial-industrial y el interior como mundo montañoso-rural. La moderna evolución seguida en el siglo XX ha aportado elementos de desequilibrio entre estos dos espacios. Sólo explorando estos dos vectores es posible llegar a aprehender la compleja realidad del mundo montano mediterráneo y valenciano.

La construcción del País Valenciano a finales de la década de los 80 exige la armonización del desarrollo entre todas las comarcas valencianas para evitar una definitiva dicotomía entre litoral e interior. Una tal disgregación entre una fachada poblada, urbana, industrial y con una potente agricultura comercial de regadío, de un lado, y un vasto traspaís despoblado, rural, empobrecido y socialmente desorganizado, de otro, no sería sino la expresión espacial de una sociedad injusta en la que la riqueza se distribuye desigualmente, asignando funciones marginales a unos espacios que sufren procesos de colonización interna.

Las montañas deben integrarse plenamente en el proyecto de las sociedades mediterráneas, aportando una serie de recursos originales y susceptibles de revalorización mediante las adecuadas estrategias de desarrollo apropiadas a su especificidad. Para ello será necesario superar el tradicional olvido en que se ven sumidas las áreas de montaña. Pero, además, será necesario rechazar imágenes arquetípicas e intentar pensar la montaña desde la montaña y no desde el litoral, como se ha venido haciendo hasta ahora. En suma, vivir la montaña como una parcela más, profundamente original y altamente definitiva, de la sociedad valenciana. Para finalizar he aquí unas frases de Antonio José Cavanilles, el clérigo ilustrado que tan bien entendiera nuestro país, que resumen en dos trazos la fisonomía de nuestras tierras. Éstas no han cambiado desde finales del siglo XVIII; la consideración y tratamiento recibido por parte de la sociedad valenciana, sí.

«Por todos los confines del Reyno se hallan montañas que dificultan el paso... a medida que se interna en el reyno se encuentran escarpados cerros y montes a mucha altura, que dexan entre sí profundos barrancos, y forman ya grupos ó laberintos intrincados, ya cordilleras de muchas leguas sin interrupción aparente... Corto es el número de llanuras en el reyno, y aun estas estrechas, hallándose casi siempre entre el mar y las raíces de los montes.»

BIBLIOGRAFÍA

- BIFANI, P. (1985): «Tecnología y desarrollo integrado», *Curso sobre Desarrollo Integrado en Áreas Desfavorecidas*. CSIC-Fundación Banco Exterior, Madrid (policopiado).
- BRAUDEL, F. (1976): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- CARO BAROJA, J. (1966): *La ciudad y el campo*. Madrid.
- CRUZ OROZCO, J. (1987): *Las áreas deprimidas de montaña en el País Valenciano*. IVEI, Valencia (inédito).
- ELENA ROSELLÓ, M. (1985): «Las zonas en depresión socioeconómica en la CEE», *Revista de Estudios Agro-Sociales*, número 132, pp. 127-171. Ministerio de Agricultura, Madrid.
- FRUTOS GARCÍA, J. (1985): «Conservación y degradación de recursos autóctonos», *Curso sobre Desarrollo Integrado en Áreas Desfavorecidas*. CSIC-Fundación Banco Exterior, Madrid (policopiado).
- INSTITUTO AGRONÓMICO MEDITERRÁNEO DE MONTPELLIER (1985): «Una metodología para evaluar la depresión socioeconómica a nivel regional. Aplicación al caso español», *Curso sobre desarrollo integrado en Áreas Desfavorecidas*. CSIC-Fundación Banco Exterior, Madrid (policopiado).
- MARTINEZ SERRANO, J. A. Y OTROS (1980): *Introducció a l'economia del País Valencià*. Eliseu Climent editor, Valencia.

- MATEU BELLES, J. F. (1980): «Subdesenvolupament i comarcalització: el cas del nord valencià muntanyós», *Taula Rodona sobre la Comarcalització del País Valencià*, pp. 123-137. Diputació de València, Valencia.
- REGLA CAMPISTOL, J. (1973): *Aproximación a la historia del País Valencià*, L'Estel, Valencia.
- TOMÁS CAPRI, J. A. (1984): «La situación económica en el espacio valenciano: desigualdades y elementos para la ordenación», *I Congrés d'Economia Valenciana*, pp. 871-881. Generalitat Valenciana, Valencia.
- _____ (1985): *El desarrollo desigual de la economía valenciana*. Caja de Ahorros de Valencia, Valencia.